

las canillas, más denegridas y secas que ramas en invierno.

— Rotos, rotos... Pero el señor don Julio dice que me están bien así. El señor don Julio, cuando paso por allá, siempre me saca el retrato. Aún en la semana pasada... Hasta con unos pedazos de galones colgados del puño y una espada en la mano... Parece que para mostrarlo al Gobierno.

Gonzalo picó la yegua. Pensaba ahora en seguir hasta Valverde; después se retiraría á Villa-Clara, y probaría á ver si Gouveia comía con él en la Torre un cabrito asado, al que convidó la vispera, en el Casino, á Manuel Duarte y á *Titó*. Pero al atravesar la «Cruz de las Almas», donde el camino de Corinde, tan lindo, con sus hileras de álamos, cruza la ladera de Valverde, paróse, notando en el fondo como la confusa silueta de una carretada de leña, de una mujer de pañuelo encarnado braceando sobre la albarda de un burro, y de dos labradores con la azada á los hombros. Y de repente todo se desvaneció: la mujer, trotando en su burro, sumida en una vuelta del arbolado; el carro balanceándose en un leve torbellino de polvo y avanzando hacia la «Cruz de las Almas»; los cavadores bajando para una tierra á través de pilas de heno... En la carretera quedó solo, desampa-

rado, un hombre de chaqueta al hombro, que se arrastraba penosamente, cojeando. Gonzalo trotó, con curiosidad.

— ¿Qué pasa?... ¿Qué tiene usted?

El hombre, con la pierna encogida, levantó hacia Gonzalo un semblante melancólico, casi desmayado, que relucía bajo las gotas de sudor.

— Nuestro Señor le dé muy buenas tardes. ¿Qué ha de ser? ¡Desgracias de esta vida!

Y, gimiendo, contó su historia. Desde hacia meses padecía de una llaga en un tobillo, que no pudo secar ni con emplastos, ni con polvos, ni con bendiciones... Y ahora andaba en la hacienda del señor don Julio trabajando una tieruca para ayudar á un compadre, también enfermo de calenturas, y ¡zas!, cáese un pedrusco sobre la herida, levanta la carne y le deja hecho una lástima... Hasta había rasgado la camisa para contener la sangre y amarrar por encima el pañuelo.

— Pero así no puede andar, hombre. ¿De dónde es usted?

— De Corinde. Manuel Sôlla, del lugar de Finta. Hasta allá me he de arrastrar.

— Y entonces, de toda esa gente que estaba ahí hace rato, ¿nadie pudo ayudarle?... Un carro, dos hombretones...

¿Qué quería el hidalgo? Cada uno en este

mundo tiene sus quehaceres... La rapaza del burro prometió pasar por Finta para avisar. Y tal vez uno de sus rapaces se presentaría allí con una yegua que compró por Pascua, y que por desgracia, también cojeaba... Inmediatamente el hidalgo de la Torre desmontó.

— Bien. Entonces, yegua por yegua, ya tiene usted aquí esta.

El viejo Sôlla quedó parado ante Gonzalo.

— ¿Cómo así?... ¡Santo nombre de Dios!... ¿Había de ir yo á caballo y vuestra excelencia á pie?...

Gonzalo reía.

— Hombre, con esas discusiones de «yo á pie» y «usted á caballo», y «haga el favor», y «no, señor», perdemos un tiempo precioso... Monte, estése quieto y trote para Finta...

El otro retrocedía hacia el vallado sacudiendo la cabeza, asustado, como en el espanto de un sacrilegio.

— Eso sí que no, señor; eso sí que no... ¡Antes acabaría yo aquí mi vida!

Gonzalo usó de su autoridad.

— ¡Monte, que lo mando yo! ¡Usted es un campesino de azada; yo soy un doctor de Coimbra; yo soy quien sé, soy yo quien mando!

Y él, Sôlla, sumiso ante aquella fuerza deslumbrante del saber superior, agarró en silencio la crin de la yegua y metió el pie respetuosamente en el estribo, ayudado por el hidalgo.

— Y ahora, ¿qué tal?

Y el hombre sólo murmuraba el nombre de nuestro Señor, en la gratitud y en el asombro de aquella caridad.

— Pero esto es el mundo al revés... ¡Yo aquí, en la yegua del hidalgo! ¡Y el hidalgo, el señor Gonzalo Ramires, de la Torre, á pie por el camino!

Gonzalo, para entretenerse en la caminata, preguntó por la quinta del doctor Julio, que ahora se había metido en obras y plantaciones de viñedo. Después, como Manuel Sôlla conocía á Pereira el *Brasileño* (que pensaba en arrendar las tierras del doctor Julio), conversarían sobre las grandezas de la *Cortiga*. Derecho en la silla, en el gusto de aquella intimidad con el hidalgo de la Torre, Sôlla olvidaba la llaga y el dolor que le atormentaba. Y al estribo de Sôlla, atento y sonriendo, el hidalgo hundía los pies en la polvareda blanca.

Así se acercaban á *Bica-Santa*, uno de los sitios decantados de aquellas cercanías hermosas. Allí, el camino, cortado en la subida de un monte, alárgase y forma una aireada terraza, desde donde se domina el valle de Corinde, tan rico en casales, en arboledas, en tierras sembradas y en aguas. En la ladera del monte, cubierto de robles y de hayas musgosas, brota la celebrada fuente que ya en tiempos del rey Don Juan V curaba males de entrañas, y que una devota de

Corinde, doña Rosa Miranda Carneiro, mandó encauzar desde lo alto hasta un estanque de mármol, donde ahora corre benéficamente por un caño de bronce, bajo la imagen y patrocinio de Santa Rosa de Lima. Á cada lado del estanque hay dos ajustados bancos de piedra, que el desmayado ramaje de los castaños entolda de sombra y frescor. Es un suave retiro donde se recogen violetas, se comen meriendas, y señoras de las cercanías se sientan en corro en las tardes de domingo, escuchando los mirlos y gozando de la poblada, luminosa y verdeante extensión del valle.

Antes de desembocar en *Bica-Santa*, y cerca del lugar de Cerdal, el camino de Corinde se quiebra en una vuelta, y allí, de repente, la yegua paróse obligando al hidalgo de la Torre, desconfiado de la pericia de Sôlla, á poner la mano en el freno. Fué el encuentro inesperado de un carruaje, una jardinera forrada de azul, con los caballos cubiertos de redes blancas contra las moscas, y en el pescante, tieso, un cochero de librea de cuello escarlata y sombrero de copa amarillo. Aún tenía Gonzalo á la yegua por el freno, como escudero servicial en paso peligroso, cuando vió, sentado en uno de los bancos de piedra, junto á la *Bica*, con una manta por encima de las rodillas, al viejo Sanches Lucena. Al lado, el lacayo, agachado, restregaba con hierba la botina que la bella doña Ana le extendía, recogien-

do el vestido de lino crudo y apoyando la otra mano, desguantada, en la cintura doblada y fina.

La aparición del hidalgo de la Torre, deteniendo por la rienda su yegua, que montaba un cavador en mangas de camisa, alborotó aquel reposado y durmiente rincón de la *Bica*. Sanches Lucena revolvía los ojos en un arrebató de curiosidad.

Doña Ana levantóse bruscamente en la gravedad condigna de señora de la *Feitosa*, empuñando el cabo de oro de los impertinentes de oro, suspensos de un cordón de oro. Y hasta el lacayo reía pasmado.

Con soltura elegante, Gonzalo saludaba á doña Ana y apretaba con fervor la mano del espantado Sanches Lucena, y alegremente se congratulaba por aquel encuentro dichoso. ¡Pues justamente venía de la *Feitosa*! Y allí supo con disgusto, por un mozo de la quinta, que el señor Consejero estuvo en las últimas semanas enfermo... Y ahora, ¿cómo estaba?... ¿Cómo estaba? — El aspecto era excelente.

— ¿No es verdad, señora doña Ana? ¡El aspecto es excelente!

Con un leve movimiento de cabeza, replicó con una voz lenta y ronca que espantó á Gonzalo:

— Gracias á Dios, Sanches disfruta ahora de mejor salud. . .

— Sí, efectivamente, un poco mejor. Muy agradecido á vuestra excelencia, señor Gonzalo

Ramires — murmuró el descarnado y corcovado sujeto, poniendo sobre las rodillas su chal-manta.

Y con los lentes fulgurantes clavados en Gonzalo, en la curiosidad que le abrasaba el semblante afilado, más amarillo que un cirio, le dijo:

— Pero, con perdón, ¿cómo es que anda vuestra excelencia por aquí, por el camino de Corinde, en este estado, á pie, trayendo en la yegua á un labrador? . . .

Dirigiéndose á doña Ana, sobre todo, cuyos ojos, hermosamente negros, de una honda refulgencia líquida, también esperaban, serios y reservados, Gonzalo contó el desastre del buen hombre, á quien había encontrado en el camino gimiendo, arrastrando la pierna.

— De suerte que le ofrecí mi yegua... y hasta, si vuestra excelencia me lo permite, señora mía, es necesario que yo combine con él el resto de la jornada . . .

Rápidamente volvióse hacia Sôlla, que, de nuevo abrumado ante los señores de la *Feitosa*, con el sombrero en la mano, encogido en la silla, como atenuando su grandeza, desestribóse para desmontar.

Pero ya Gonzalo le ordenaba que trotase para Finta y le mandase la yegua por uno de sus rapaces allí, á *Bica-Santa*, donde él se detenía con el señor Consejero.

Y cuando Sôlla se marchó, saludando desmañadamente, torcido, como impulsado, á pesar

suyo, por las cariñosas sonrisas con que el hidalgo le despedía, Sanches Lucena comenzó:

— ¡Miren que una cosa como esta! Yo todo lo esperaría menos al señor Gonzalo Ramires trayendo en la yegua, por el camino de Corinde, á un cavador. Es la repetición del Buen Samaritano. . . ¡Aún mejor!

Gonzalo chanceóse, sentado en el banco junto á Sanches Lucena. ¡Oh! El Buen Samaritano no mereció una página tan amable en el Evangelio, solamente por ofrecer el burro á un levita enfermo: de fijo tenía virtudes más altas. . . Y sonriendo á doña Ana, que, del otro lado de Sanches Lucena, extendía los impertinentes con lentitud majestuosa por los árboles y por la fuente:

— Hace dos años, señora, que no tengo la honra. . .

Sanches Lucena dió un grito:

— ¡Oh, señor Gonzalo Ramires! ¡Vuestra excelencia trae sangre en la mano!

El hidalgo reparó espantado. Sobre el guante de gamuza blanca resaltaban dos manchas enrojecidas.

— ¡No es sangre mía! Fué, naturalmente, cuando Sôlla montó y yo le afirmé el pie. . .

Quitóse el guante, que tiró hacia las hierbas incultas. Y continuó:

— En efecto, no tengo la honra de encontrar á vuestra excelencia, señora mía, desde el baile del barón de las Marges, en Oliveira, el famoso

baile de Carnaval. . . Hace más de dos años; era yo estudiante. Y aún recuerdo que vuestra excelencia iba espléndidamente vestida de Catalina de Rusia. . .

Mientras la envolvía en la sonrisa de los ojos suaves, pensaba: «¡Hermosa criatura, pero ordinaria! ¡Y qué voz! . . .»

Doña Ana también se acordaba del baile.

— El caballero está, no obstante, equivocado. . . Yo no fui de rusa, fui de emperatriz. . .

— Sí, de emperatriz de Rusia, de gran Catalina. . . ¡Y con un gusto! ¡Con un lujo!

Sanches Lucena extendió un dedo alargado y lívido:

— Pues también yo recuerdo que su hermana doña Gracia traía un traje de labradora de Viana. . . Fué una fiesta muy lucida. . . Y desde esa noche no volví á encontrar á la hermana de vuestra excelencia.

Ahora residía poco en Oliveira, á pesar de tener la casa montada, carruaje y cochera; porque, ó por culpa del aire ó por culpa del agua, no le sentaba bien la ciudad. . .

Gonzalo acentuó más su interés:

— Pero, en resumen, ¿qué ha tenido vuestra excelencia?

Sanches Lucena sonrió con amargura. Los médicos en Lisboa no se entendían. Unos atribuíanlo al estómago, otros atribuíanlo al corazón. Por lo tanto, víscera esencial atacada. . . Y sufría

crisis, malas crisis. . . Con la gracia de Dios, y régimen, y leche, y descanso, aún esperaba arrastrar unos años.

— ¡Oh, de seguro! — exclamó Gonzalo alegremente —. ¿Y la estancia en Lisboa, y las Cámaras, y la política, la terrible política, no le fatigan?

No, al contrario: Sanches Lucena lo pasaba bastante bien en Lisboa. ¡Hasta mejor que en la *Feitosa!* Además, gustaba de aquella distracción de las Cámaras. Y como conservaba amigos en la capital, un grupo escogido. . .

— Á uno de esos excelentes amigos de seguro lo conoce vuestra excelencia. Es pariente de vuestra excelencia. . . Don Juan de la Pedrosa.

Gonzalo, ignorante del hombre y hasta del nombre, murmuró cortésmente:

— Sí, don Juan, de seguro. . .

Y Sanches Lucena, pasando por las greñas blancas la mano, flaquísima, casi transparente, donde relucía un enorme anillo de armas:

— Y no solamente don Juan. . . Otro de nuestros amigos es también pariente de vuestra excelencia. Muchas veces hemos hablado de vuestra excelencia y de su Casa. Él pertenece también á la más rancia nobleza. . . Es Arronches Manrique.

— ¡Caballero muy amable, muy divertido! — añadió doña Ana con una convicción que le alzó el pecho, cuya fuerza y perfección marcaba la blusa ajustada.

A Gonzalo tampoco había llegado ese nombre sonoro. Pero no vaciló:

— Sí, perfectamente, Manrique. . . Por lo demás, yo tengo tantos parientes en Lisboa y voy tan poco á Lisboa. . . ¿Y vuestra excelencia, señora doña Ana?

Pero Sanches Lucena insistía entusiasmado con aquella conversación de parentescos aristocráticos.

— Vuestra excelencia, naturalmente, tiene en Lisboa toda su parentela histórica. . . Así, creo que vuestra excelencia es primo del duque de Lourençal. . . Duarte Lourençal. . . Él no usa el título por miguelismo, ó más bien por hábito; pero es el legítimo duque de Lourençal, quien representa la Casa de Lourençal.

Gonzalo, sonriendo atentamente, desabotonó el chaquet buscando su vieja cigarrera de cuero.

— Sí, en efecto, Duarte. . . Somos primos. Dice él que somos primos. Yo lo creo. ¡Entiendo tan poco de árboles genealógicos! . . . En realidad, los linajes de Portugal andan muy cruzados. Todos somos parientes, no sólo por el lado de Adán, sino por el de los godos. . . La señora doña Ana, ¿prefiere vivir en Lisboa?

Mas reparando en que había cogido un cigarro, exclamó:

— ¡Oh, perdón, señora mía! . . . Iba á fumar sin saber si vuestra excelencia. . .

Ella saludó bajando las largas pestañas:

— El caballero puede fumar; Sanches no fuma, pero á mí hasta me gusta el olor. . .

Gonzalo dió las gracias, enojado con aquella voz ronca y aquellos horrendos «caballero, el caballero». . . Pero pensaba: «¡Qué linda piel! . . . ¡Qué bella criatura! . . .»

Y Sanches Lucena, inexorable, seguía extendiendo el dedo agudo:

— Pues yo conozco mucho, no al señor duque de Lourençal (no tengo por ahora esa inapreciable honra), sino á su hermano, el señor don Felipe. Caballero estimadísimo, como vuestra excelencia seguramente sabe. . . Y después, ¡qué talento! . . . ¡Qué talento en el cornetín!

— ¡Ah!

— ¿Cómo? ¿Vuestra excelencia no oyó á su primo, el señor don Felipe Lourençal, tocar el cornetín? . . .

Cruzó una sonrisa lánguida por los labios gruesos de doña Ana, más bermejos que cerezas maduras.

— ¡Oh, toca admirablemente! A Sanches le gusta mucho la música; á mí también. . . Pero como vuestra excelencia comprende, aquí en la aldea, con la falta de recursos. . .

Gonzalo, levantando el fósforo para encender, exclamó luego con un sincero interés:

— Entonces, quiero que vuestra excelencia oiga á un amigo mío, que es verdaderamente sublime en la bandurria, á Videiriña. . .

Sanches Lucena extrañó el nombre y su vulgaridad.

Y el hidalgo, con sencillez:

— Es un rapaz, muy amigo, de Villa-Clara... José Videiriña, mancebo de la botica...

Los lentes de Sanches Lucena crecieron de puro espanto.

— ¿Mancebo de la botica y amigo del señor Gonzalo Mendes Ramires?

— Sí, desde estudiante, desde los exámenes del Instituto. Hasta pasaba las vacaciones en la Torre, con la madre, antigua costurera de la casa. Tan buen rapaz, tan sencillo... ¡Y en realidad un genio en la bandurria! Ahora tiene una cántiga admirable, que llamó el *Fado de los Ramires*. La música es, efectivamente, un *fado* de Coimbra, un *fado* conocido. Pero los versos son de él; unos cuartetos graciosos sobre cosas de mi casa, leyendas, patrañas... Aún hace días, en la Torre, conmigo y con *Titó*...

Y á este nombre, familiar é infantil, Sanches Lucena mostró otro reparo:

— ¿*Titó*?

El hidalgo reía.

— Es un viejo apodo amistoso que damos nosotros á Antonio Villalobos.

Entonces Sanches Lucena alzó ambos brazos, como si alguien muy querido apareciese en el camino:

— ¡Antonio Villalobos! Pero si ese es uno de

nuestros fieles y buenos amigos. Caballero estimabilísimo... Casi todas las semanas tiene la amabilidad de venir á la *Feitosa*.

Ahora era el hidalgo quien se pasmaba ante esa intimidación, á que nunca *Titó* aludiera cuando en casa de Gago, en la Torre, en el Casino, politiqueando, se hablaba de Sanches Lucena...

— ¡Ah! ¿Vuestra excelencia lo conoce?

Doña Ana, que se había levantado bruscamente del banco y recogía los guantes y la sombrilla, recordó al marido que la tarde se enfriaba, que la niebla iba subiendo á aquella hora del valle tranquilo...

— Sabes que no te sienta bien... Y tampoco sienta bien á los caballos, parados hace tanto tiempo.

Inmediatamente, Sanches Lucena, receloso, sacó del bolsillo un gran pañuelo de seda blanca para tapar el cuello. Y, receloso también por los caballos, se arrancó pesadamente del banco de piedra, haciendo una señal cansada al lacayo para que cogiese la manta y llamase al cochero. Pero aún atravesó, doblado sobre el bastón, el parapeto que resguarda á los carruajes de despeñarse por la ladera del monte. Y confesaba á Gonzalo que aquel era, en los alrededores de la *Feitosa*, su paseo preferido. No sólo por la belleza del sitio, ya cantado por «nuestro admirable Cuña Torres», sino porque desde la terraza de la *Bica* veía una gran extensión de tierras suyas.

— Mire vuestra excelencia... Desde aquel soto hasta el terreno donde está la casona amarilla, y por detrás del pinar, todo es mío... El pinar también es mío... Aquello de junto á la ermita pertenece á Monte-Agra... Pero más allá, por el monte arriba, es todo mío...

El lívido dedo crecía sobre el valle. ¡Allende los pastos!... ¡Allende los centenos!... ¡Después del terreno inculto!... ¡Todo de él! Y por detrás de la flaca figura, con el sombrero enterrado hasta la nuca y el tapabocas de seda subido hasta las pálidas orejas, casi despegadas del cráneo, doña Ana, esbelta, clara y sana como un mármol, con una sonrisa olvidada en los labios golosos, con el hermoso pecho más henchido, acompañaba la copiosa enumeración, fijando los impertinentes sobre los pastos, los pinares y los centenos, y sintiendo que todo era de ella...

— Detrás del olivar — concluyó Sanches Lucena con respeto — es sitio suyo, señor Gonzalo Ramires...

— ¿Mío?

— De vuestra excelencia; quiero decir ligado á la casa de vuestra excelencia... ¿No lo reconoce?... Allí, por detrás del molino, pasa la carretera de Santa María de Craquêde... donde están los túmulos de sus antepasados... Paseo que yo hago á veces con gusto. Todavía no hace un mes visitamos detenidamente las ruinas. ¡Y crea que quedé impresionado! Aquel claustro tan

antiguo, los grandes pilares de piedra... ¡Es conmovedor! Y hallé muy filial, por parte de vuestra excelencia, tener siempre aquella lámpara de bronce encendida noche y día.

Gonzalo no se acordaba de tal lámpara. Sanches Lucena solicitaba del señor Gonzalo Mendes Ramires la honra de conducirlo en el coche á la Torre... Gonzalo rehusó. Además, no podía. Había convenido con el hombre de la pierna dolorida esperar, en la *Bica*, á su yegua.

— Queda aquí mi lacayo, que llevará á la Torre la yegua de vuestra excelencia.

— No, no; espero... A las ocho estará *Titó* en la Torre aguardándome para comer.

Doña Ana, en medio de la carretera, metió prisa al marido con la amenaza repetida del fresco, del relente... Pero junto á la jardinera, Sanches Lucena aún se detuvo para afirmar á Gonzalo, con la descarnada mano sobre el pecho hundido, que aquella tarde sería célebre para él...

— Porque vi una cosa que pocas veces se habrá visto: al mayor hidalgo de Portugal á pie por la carretera de Corinde, llevando en su propio caballo á un labrador...

Ayudado por Gonzalo trepó pesadamente al estribo... Doña Ana ya se había hundido en las almohadas. El lacayo también se sentó, cruzó los brazos, y la aparatosa jardinera, con las manchas blancas de las redes de los caballos, rodó

en el silencio y en la penumbra de la carretera bajo el pomposo ramaje de las hayas.

— ¡Qué pesadez! — exclamó Gonzalo —. ¡Qué lástima de tarde tan linda, desperdiciada así!... ¡Intolerable ese Sanches Lucena con el señor don Fulano y el señor don Zutano y su manía del «grupo fino» y «todo de él» por colina y valle! La mujer, espléndido bocado de carne — como hija de carnicero — pero sin pizca de gracia ni de alma. ¡Y qué voz, Jesús, qué voz! Gente pedante y... Y ahora sólo deseaba recuperar su yegua, galopar hacia la Torre y desahogar con *Titó*, ¡familiar de la *Feitosa!*, su asco por toda aquella sanchería.

Vino la yegua montada por el hijo de Sôlla, que al avistar al hidalgo saltó á la carretera, con el sombrero en la mano, avergonzado, balbuceando que su padre había llegado bien, y que pedía á nuestro Señor le pagase la caridad.

— ¡Bien, bien! Recuerdos á tu padre. Que me alegro de la mejoría. Ya mandaré á preguntar.

Delante del portón de la Torre encontró á un mozo de Gago con una tarjeta de *Titó* anunciando que no podía comer en la Torre porque partía en esa semana para Oliveira.

— ¡Qué disparate! Para Oliveira también yo parto; pero como hoy. Hasta nos combinábamos: yo le llevaba en el carruaje... ¿Qué quedó haciendo el señor don Antonio?

El rapaz movió pensativamente la cabeza.

El señor don Antonio pasó por casa para que yo trajese la tarjeta al hidalgo... Creo que tiene fiesta, porque entró en casa del tío Cosme, el pirocténico, á comprar bengalas y cohetes rastroeros.

Aquellas inesperadas bengalas causaron luego al hidalgo una inmensa envidia.

— Y dónde es la fiesta, ¿sabes?

— Yo no sé... Mas parece que es cosa seria, porque el señor Juan Gouveia encargó al patrón dos grandes fuentes de bacalao.

¡Bacalao!

Gonzalo sintió como la amargura de una traición.

— ¡Oh, qué animales!

Y de repente ideó una alegre venganza.

— Pues si ves hoy al señor don Antonio ó al señor don Juan Gouveia, no te olvides de decirles que lo siento mucho... Que yo también tengo por la noche una fiesta en la Torre. Y que viene la señora doña Ana Lucena. No te olvides, ¿eh?

Gonzalo subió las escaleras riendo de su invención. Pero en esa noche, á las nueve, después del arrastrado yantar con Manuel Duarte, entró en la sala grande de los retratos, apenas alumbrada por el lamparón dorado del corredor, para buscar una caja de cigarros, y casualmente, á través de la ventana abierta, reparó en un hom-

bre que, envuelto en una bufanda, rondaba abajo, frente á la sombra de los álamos. . . En ese hombre imaginó reconocer los poderosos hombros y el andar bovino de *Titó*. Curioso, se acercó á la ventana. Pero el bulto bajó por la carretera, perdiéndose entre los árboles que rodean el casal de Miranda.



IV

EL palacete de los Barrolos en Oliveira (conocido desde comienzos de siglo por la «Casa de los *Cuñaes*») levantaba su hidalga fachada de doce balcones en el paseo del Rey, entre una solitaria callejuela que conduce al cuartel y la calle de las Tecedeiras, mal empedrada y tortuosa, oprimida por la tapia del jardín y por el muro desconchado de la antigua tapia de las Mónicas. Esa mañana, al desembocar Gonzalo, que iba en el coche de la Torre, en el paseo del Rey, subía por la de las Tecedeiras, doblando la esquina de los Cuñaes, en un caballo negro de abundantes crines, que hería las piedras con soberbia y garbo, el gobernador civil, el Andrés Cavalleiro, de corbata blanca y sombrero de paja. Sorprendiólo el hidalgo desde el fondo del coche, levantando los pestañudos ojos negros hacia los balcones de hierro del palacete. Pegóse un puñetazo en las rodillas, rugiendo sordamente: «¡Qué villano!» Al apearse en el portón, un